

La vida humana se construye desde decisiones concretas, desde lo que cada uno elige en momentos grandes o pequeños.

Elegimos sobre asuntos importantes: ir o no ir a la universidad, buscar trabajo en esta empresa o en otra, llamar o no llamar a un amigo, leer este libro u otro.

También las elecciones escriben páginas sencillas del día a día. No es cuestión de vida o muerte, pero sí deja una pequeña huella en el alma, elegir jugar online o visitar a un enfermo en el hospital.

Las elecciones tocan aspectos claves de la propia vida: para bien o para mal, lo que uno eligió en el pasado marca profundamente el presente.

Elegir, por tanto, es algo que nos caracteriza en nuestra humanidad, hasta el punto de que toda la ética y todas las valoraciones (o los desprecios) hacia los otros y hacia uno mismo se construyen con la mirada sobre lo que cada uno ha elegido.

Si elegimos mal, podremos perder el tiempo, o algo de dinero, o la salud, o una amistad, o la integridad ética. Incluso en ocasiones dañamos a un familiar, nos apartamos de Dios, sentimos la pena de haber sido cobardes, egoístas, pecadores.

Si elegimos bien, el corazón experimenta la alegría de quien avanza hacia lo noble, lo bello, lo justo, lo que nos une poco a poco a los demás y al Dios del cual venimos y al cual vamos.

En este día habrá nuevas oportunidades para elegir. La computadora todavía está apagada, la televisión no invita a ver un nuevo programa, el libro sigue cerrado.

Ante mi mente y mi corazón asoman diversas opciones. Yo decido en este momento cuál será mi ruta en los siguientes minutos.

Luego, habrá sorpresas o todo ocurrirá según lo había previsto. Pero mi conciencia, algún familiar o amigo, incluso el mismo Dios, me susurrarán un reproche cariñoso porque fallamos al amor, o nos felicitarán porque optamos por el camino que lleva

a la vida verdadera...